

mer acto del drama cuyo final sería la ruina del pueblo y del Estado, y cuyo prólogo, la guerra con los sirios, acababa de representarse en aquellos momentos. Y con el Estado debía desaparecer también la fe en Jehova, el Señor de la tierra de Canaan y protector del pueblo y de sus costumbres.

Entonces es precisamente cuando aparece en la escena, personificado en los profetas, escritores, el poder espiritual que, mientras el pueblo fia esperanzado en el porvenir, le anuncia la próxima destrucción de su Estado y procura inculcarle la necesidad de semejante catástrofe.

En tiempo de Jeroboam aparece en Bet-el inopinadamente Amós, campesino de Tecoa (1), y anuncia que Jehova se levantará con la espada contra la casa de Jeroboam; introducirá enemigos en el país; destruirá las ciudades y templos de Israel, y llevará al pueblo, á causa de sus pecados, á la tierra inmunda de los paganos. Amós tiene firmísima convicción de que está cumpliendo una misión especial de Jehova, y de que no es un profeta. Cuando el sacerdote del templo de Bet-el, Amasías, intenta arrojar de la ciudad al osado predicador de ideas peligrosas y ofensivas para el sentimiento nacional, diciéndole: *Vidente, vete y huye á tierra de Judá, y come allí tu pan y profetiza allí. Mas no profetices en Bet-el, porque es santuario del rey y casa del rey,*—le contesta Amós estas palabras: *No soy profeta, ni hijo de profeta, sino que soy boyero y recogedor de cabrahigos. Mas Jehova me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve, y profetiza contra Israel. Y ahora oye la palabra de Jehova. Tú dices: No profetices contra Israel, ni hables contra la casa de Isaac. Pues bien, así ha dicho Jehova: Tu mujer será deshonrada en la ciudad, y tus hijos y tus hijas caerán heridos por la espada, y tu tierra será repartida por suertes, y tú mismo morirás en tierra inmunda, y todo Israel será transportado de su tierra (7, 12 y siguientes).*

No podía ser mayor el contraste entre la predicación de desgracias de Amós y el espíritu público á la sazón, cuando, tras largo tiempo de desdichas nacionales, el éxito logrado por las armas de Jeroboam parecía demostrar que tenía la bendición de Jehova. No debió de ser menor tampoco la contradicción entre las predicciones del profeta y el criterio moral de la nación y su modo de apreciar el culto divino y su significación. El convencimiento de que Israel está cargado de pecados y completamente degenerado constituye el fondo de la predicación de Amós, y abundan por lo mismo en ella las invectivas contra los pecadores. Estas van dirigidas principalmente contra los funcionarios del rey y sus sensuales mujeres; contra los ricos, cuyo proceder injusto y codicioso nos describe gráficamente el profeta con rasgos

(1) A dos leguas al Sur de Bethlehem, en el lindero de la tierra cultivable y de la estepa. En el libro de Amós se encuentran las pláticas del profeta, que en parte refieren visiones que ha tenido, ajustadas en conjunto metódico. El libro se puede dividir en dos partes, cap. 1-6 y cap. 7-9, de las cuales solo esta última contiene visiones. La primera se descompone en cuatro trozos. A la introducción, 1, 1-2, 5, concebida en la fraseología acostumbrada y que contiene conminaciones contra Damasco, las ciudades filisteas Tiro, Edom, Amon y Moab, que han hollado todos el derecho de los pueblos, siguen tres conminaciones contra Israel (2, 6-4, 3; 4, 4-5, 27, y 6, 1-14), de las cuales la primera censura la vergonzosa arbitrariedad de los poderosos, la segunda la manera pagana en que el pueblo tributa culto á Jehova y la tercera la vida licenciosa y sensual de los ricos, como causas principales de la cólera de Jehova. Todas tres terminan con la amenaza del cautiverio. La segunda parte contiene cinco visiones (7, 1-3; 4, 5, 6-9, 8, 1-4, 9, 1-6). La tercera visión tiene por apéndice la descripción del conflicto con el sacerdote Amasías de Bet-el, y la cuarta una conminación contra los codiciosos ricos y poderosos. El libro concluye con el anuncio de la época mesiánica (9, 7-15). Pueden considerarse como interpolaciones 2, 4, 5, 4, 13 (en parte), 5, 8 y 9, 6.

copiados de la vida real. En connivencia con los sacerdotes, que prostituyen el oráculo falseando la administración de justicia, y codiciosos de concusiones, ayudan á los usureros á despojar á los campesinos de su dinero y sus bienes, de su heredad y hasta de su libertad, ó lo hacen ellos mismos, torciendo la justicia que se administra á las puertas; disipan lo arrancado por estos medios en frívolos banquetes de sacrificios; se sientan á la mesa en divanes á la nueva moda asiria, é inventan cánticos como David, en vez de apiadarse del quebrantamiento de José.

Semejante conducta, aunque propia desde muy antiguo de los países orientales, seguramente había sido ya vituperada antes por los hombres piadosos, y mas de una maldición de pobres oprimidos habría llegado hasta Jehová; pero era cosa nueva la significación que el profeta le atribuía en los destinos de Israel. Esta significación, á su vez, solo se explica, en último término, por el concepto enteramente nuevo del modo de ser de Jehova, que informa el juicio del profeta sobre las condiciones de la sociedad, y determina, al propio tiempo, su distinto juicio acerca de las obligaciones que Jehova impone á sus adoradores.

Jehova, según ya hemos observado, era tenido también antes por protector del derecho; pero los casos en que venga el orden moral hollado desaparecen, para la conciencia del pueblo, entre los innumerables en que la desatentada divinidad destruye á ciegas y airada manifiesta su poderío. Cuando se tiene á mano el culto para aplacar á esta divinidad y lograr su benevolencia, es consiguiente que deba reproducirse siempre aquella moral según la cual solo el débil y pobre es bueno.

Amós, por el contrario, considera á Jehova sobre todo como un ser justo, al cual solo se puede satisfacer obrando recta y moralmente. Que lo esencial de lo exigido por Jehova á sus adoradores tuviese por fin una vida moral, era una idea enteramente desconocida hasta allí en Israel. Por eso dice el profeta que ni los sacrificios son expresión suficiente de las relaciones entre Israel y Jehova, ni por ellos puede la divinidad perdonar los pecados del pueblo; y por pertenecer el pueblo de Israel pecador á Jehova, debe ser por él castigado. *A vosotros solamente he conocido de todos los pueblos de la tierra, por tanto visitaré contra vosotros todos vuestros pecados (3, 2).* Dios aparece, en efecto, como el pueblo lo anhela, mas no para destrozar, en imponente manifestación en medio de truenos y rayos á los enemigos de Israel, sino para castigarlo: *¡Ay de los que desean el día de Jehova! ¿Para qué queréis este día de Jehova? ¿Será de tinieblas, y no de luz! Como el que huye delante del león, y se encuentra con el oso; ó si entra en casa, y arrima su mano á la pared, le muerde la culebra. ¿No será el día de Jehova tinieblas, y no luz; oscuridad que no tiene resplandor! Aborrezco, abomino vuestras solemnidades; y no me darán buen olor vuestras asambleas, aun cuando me ofrecieris holocaustos; y vuestros presentes no me serán agradables; ni miraré á los sacrificios pacíficos de vuestros becerros cebados. ¡Quitad allá el estruendo de vuestros cantares! No quiero oír las salmodias de vuestros instrumentos. Y corra el juicio y la justicia como arroyo de eternas aguas (5, 18-23).* Excita con ironía á los israelitas á que perseveren en el fervoroso culto divino; el castigo no se hará esperar. Cierto que Dios llamó á sí á Israel, mas para que se enmiende; cierto también que le dió órdenes, pero no para que celebrara alegres festines de sacrificios; y para hacer volver á él á su pueblo, le castigó duramente con hambre y peste. *Buscad lo bueno, y no lo malo, para que viváis; porque así Jehova, Dios de los ejércitos, será con vosotros, como decís. Aborreced el mal, y amad el bien; y restableced la justicia en la puerta: quizá Jehova, Dios de los ejércitos, tendrá piedad del remanente de José (5, 14 y 15).*

Mas el mismo profeta no espera que halle eco su excitación á la penitencia. Termina su libro con la amenaza de la destrucción del Estado y el cautiverio del pueblo, y en la parte en que refiere sus visiones dice que la ruina del reino ha de venir irremisiblemente por la debilidad de Israel, á pesar de la intercesión del profeta y de la misericordia de Jehova. La idea de que á causa de los pecados de unos pocos se pudiesen romper los lazos entre Jehova y el pueblo, y pudiera Jehova entregarlo en manos de sus enemigos, era cosa inaudita para Israel y absolutamente contraria al concepto nacional de Jehova.

Pero no es solo porque anuncie como consecuencia de la justicia de Dios la desaparición del Estado israelita, para el caso de que Israel no se enmiende, por lo que vemos perfectamente caracterizada en Amós la predicación de todos los profetas escritores y su discrepancia con el concepto tradicional, sino porque también aparece en Amós el indispensable complemento de la profecía anunciando la futura restauración del reino, ó sea la idea mesiánica. El juicio que en el día de Jehova ha de alcanzar á Israel, no tiene por fin el aniquilamiento, sino la fundación de un nuevo Israel sumiso á su Dios, de un nuevo Estado conforme á la voluntad de Jehova y que tendrá la bendición divina: *Hé aquí que los ojos de Jehova, el Señor, están contra el reino pecador, y yo lo exterminaré de la faz de la tierra; mas no destruiré del todo la casa de Jacob; palabra de Jehova. Porque hé aquí que yo mandaré, y haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las gentes, como se zarandea en el harnero, y no cae una chinilla en la tierra. A cuchillo morirán todos los pecadores de mi pueblo, que dicen: No se acercará ni nos alcanzará el mal. En aquel día yo levantaré otra vez las caídas chozas (1) de David; cerraré sus portillos, y levantaré sus ruinas, y edificarélas como en tiempo pasado; para que aquellos sobre los cuales es llamado mi nombre posean el resto de Edom y á todas las naciones; palabra de Jehova, el que hace esto. Hé aquí que vienen días, palabra de Jehova, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleva la simiente; y los montes destilarán mosto y todos los collados se divertirán. Y cambiará la suerte de mi pueblo Israel, y edificarán ellos las ciudades solitarias, y las habitarán; y plantarán viñas, y beberán el vino de ellas; y harán huertos, y comerán el fruto de ellos. Pues los plantaré otra vez sobre su tierra, y nunca mas serán arrancados de su tierra que yo les di; ha dicho Jehova, Dios tuyo (9, 8-19).* Aquí el profeta se muestra optimista. Para que el pueblo vuelva á la gracia de Dios basta la destrucción de unos pocos pecadores, aludiendo seguramente á los funcionarios y poderosos que conculcan la justicia. Mas el reino que él predice es un reino puramente terrenal, cuyos ciudadanos gozarán tranquilos de las bendiciones de la agricultura y someterán á los pueblos vecinos. Es el Estado israelita purificado de todas sus faltas; pero no continuación inmediata del primitivo, sino una nueva creación en su lugar, después del juicio.

II. Oseas y fin del reino de Israel.—Primeras predicaciones de Isaías.

A rápidos pasos se acercaba el reino del Norte á su ruina. Las continuas incursiones de los asirios habían debilitado de tal modo el vigor nacional de las tribus arameas, que el primer nuevo conflicto con la Asiria podía ser castigado por ésta con la incorporación del refractario vasallo; y en este caso Israel tendría por vecino fronterizo al poderoso Estado.

(1) Véase Hoffmann en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1883, págs. 125 y 126.

Además la enérgica dinastía de Jeroboam había sido derrocada, y las fuerzas de la nación se agotaban en revoluciones que rápidamente se sucedían. El reino del Norte, obligado á aceptar la condición de vasallo de la Asiria, aceleraba su ruina con sus tentativas para eximirse de esta condición, buscando apoyo en el Egipto, á la sazón gobernado por los meroitas.

Zacarías, hijo de Jeroboam, pereció víctima de una conspiración, después de un breve reinado de seis meses. Sellum ben Jabes (2) le mató en Jibleam (3); y así se cumplió la profecía de Amós, de que Jehova se levantaría con la espada contra la casa de Jeroboam, si bien en distinta manera de la que seguramente había supuesto el profeta, devolviendo la calma á la conciencia del pueblo, hondamente perturbada con el asesinato cometido por Jehú. Mas la caída de la casa de Jehú fué fatal para el progreso del Estado. El usurpador Sellum no debía gozar sino un mes de su improvisada elevación. Manahem ben Gadi, probablemente jefe militar, marchó contra Samaria, venció en la contienda y mató á Sellum. El Libro de los Reyes nada nos dice del curso de estas vueltas.

Se desprende, sin embargo, que Manahem halló fuerte oposición en el pueblo. El estado de cosas entonces se nos presenta análogo al existente cuando la entronización de la dinastía de Omri. No parece que bastó para contener á la oposición la cruenta energía con que Manahem sofocó el primer caso de resistencia, tomando por asalto la ciudad de Tirsá (4), que se negó á abrirle las puertas, pasando á cuchillo á todos sus habitantes y devastando su territorio (5). Para que llegara á su colmo el desorden, ocurrió también entonces una incursión del rey asirio Phul, ó sea Teglat-falasar (6).

(2) No es posible determinar si Jabes es el nombre del padre ó de la patria de Sellum; éste es probable que fuera un oficial superior. En caso de que fuera el de su procedencia local, podría ser precedente para determinar la de Manahem ben Gadi, en la comarca oriental del Jordán, relacionándolo con 2. Reyes, 15, 25, según cuyo versículo, si es exacto el texto masorético en este punto, la guardia personal de los reyes israelitas de aquella época estaba compuesta de Gileabitas. Las comarcas de este territorio, que habían padecido mucho durante mas de un siglo con las guerras sirias, y cuyas costumbres debieron de pervertirse con este motivo, podían haber suministrado una soldadesca, cuyos indómitos jefes aceleraron la ruina del Estado.

(3) Así se ha de leer en vez del inexplicable Kobol'am, de que Ewald, «Historia del pueblo de Israel», 3, pág. 644, hace un personaje, cuyo nombre parece derivado de la glosa en el texto. El redactor del Libro de los Reyes suele omitir la designación del lugar donde son perpetrados semejantes actos sangrientos; véase v. 14, 25; 1. Reyes, 15, 27; 16, 9; 2. Reyes, 11, 2; 12, 21; 14, 19.

(4) En la versión de los LXX, mientras que el texto masorético pone Tiphstach. No existe ciudad de este nombre en la Palestina, sino en la margen occidental del Eufrates (Thapsacus). 1. Reyes, 5, 4.

(5) Ha de tacharse, como adición, el versículo 160, estropeado por la tradición.

(6) Es punto de antigua controversia quién es este rey Phul. Las inscripciones asirias no hacen mención de ninguno de este nombre, mientras que dan cuenta de que en el año 738 recibió Teglat-falasar tributo de Manahem de Samaria. Como no hay razón alguna que pueda justificar la hipótesis de que Phul fuera un general de Teglat-falasar, H. Robinson, Lepsius, Schrader y otros suponen que el nombre Phul proviene de una corrupción del de Teglat-falasar. Mas Pulu, que es lo mismo que Phul, es un nombre asirio que figura en las inscripciones, y en la época en que reinaba Teglat-falasar hace mención el cánon tolemaico (ya citado) de un rey de Babilonia, llamado Poros, que parece ser el mismo nombre que Phul y Pulu. La opinión de Gutschmid, de que Phul es un ex-monarca, distinto de Teglat-falasar, no puede prosperar por no haber lugar en la historia asiria para ese ex-príncipe; véase E. Schrader: «Inscripciones cuneiformes e investigaciones históricas», Giessen, 1878, páginas 422 y siguientes. No queda, pues, otro recurso sino admitir, como este último autor, que Phul es el nombre verdadero, y Teglat-falasar el oficial, del rey asirio á quien se sometió Manahem. Probablemente Teglat-falasar II fué un usurpador. No debe extrañarse que en pasajes posteriores del Libro de los Reyes aparezca el monarca asirio con su nombre oficial, teniendo en cuenta que este libro fué com-

Si Israel no vuelve a tiempo a Jehova, tendrá que salir de la tierra de Jehova. *La era y el lugar no los mantendrán; les fallará el mosto. No quedarán en tierra de Jehova, sino que volverá Efraim a Egipto, y en la Asiria comerán carne inmundada. No derramarán vino a Jehova, ni le prepararán sus sacrificios (1); como pan de entulados les será a ellos, y todos los que comieren de él, serán inmundos; pues el pan solo será para su hambre, no entrará en la casa de Jehova (9, 3 y siguientes).* Mas lo que diferencia a Oseas de los demás profetas, es que al anunciar el juicio que ha de venir, recuerda también la posibilidad de que Israel no tenga que llegar a ese extremo. Por eso, mas encarecidamente que ningún otro profeta, le excita a la penitencia y a la vuelta a Jehova, que tanto desea perdonarle. Y aun viniendo el juicio, también la vuelta a Jehova con verdadero arrepentimiento, podrá cambiar la suerte del pueblo.

Pero si Oseas ejerció influencia decisiva en la predicación profética con sus ideas de Dios y del culto, en cambio, no prevalecieron desde luego sus opiniones sobre la monarquía. El sucesivo desenvolvimiento del profetismo se efectuó en Judá, y allí adoptaron en principio los profetas una actitud benévola con los descendientes de David, que reinaban en Sion. Allí también se relacionó el profetismo con el judaísmo, que había tenido que romper con lo pasado. Oseas coincidió, asimismo, con el profetismo judaíta en otras tendencias de su teología. El es el primero que juzga todo lo antiguo bajo el punto de vista de una apostasía, de cuyo juicio solo es una parte su apreciación sobre el trono. Y así como sus ideas sobre las relaciones de Jehova con pueblos extraños prevalecen en gran manera en las posteriores ideas judías sobre los paganos, del mismo modo el empleo que hace de la demostración histórica, para probar al pueblo su separación de los preceptos de Jehova y su apostasía, ha sido precursor de la interpretación antihistórica de lo pasado y de su apreciación por el prisma de ideas religiosas más modernas. Ciertamente no arranca de él la conversión de la historia de Israel en historia sagrada, a causa de la arbitraria exposición de hechos reales, más de él recibió vigorosísimo impulso.

Hemos tenido la suerte de que nos hayan sido conservados algunos trozos de un libro de leyendas sacerdotales, los cuales nos facilitan el conocimiento de las ideas religiosas de los círculos del reino del Norte que, si bien influidos por la predicación profética, veían en la práctica del culto antiguo israelita, declarado pecaminoso por los profetas, el medio de llegar a reconciliarse con Jehova, y procuraron explicarse la situación de Israel desde los puntos de vista de la religión preprofética. Este libro de leyendas sacerdotales es el de los efrimitas (E.), de que ya hemos hablado anteriormente (2). Por desgracia, la circunstancia de que el escrito nos viene transmitido en una refundición con el de J., ha hecho que, por lo general, solo se hayan conservado fragmentos de los trozos que contenían leyendas de los santuarios israelitas y sobre la migración por el desierto, mientras que se encuentra casi completa la parte referente a la conquista del territorio. En la Revista científica del Antiguo Testamento, 1881, páginas 339 y siguientes, queda demostrado que E. refirió, asimismo, las guerras de las generaciones posteriores a Josué, si bien no quedan de esta narración sino pequeños fragmentos. Constituye este libro un complemento de la exposición

(1) Véase A. Kuenen: «Religion nacional y religion universal.» Berlin, 1883, págs. 1310 y siguientes.

(2) Es evidente que E. no presenta perfecta conexidad en todas sus partes, siendo probable que recibiera algunas adiciones del Israel del Norte, posteriormente al año 722. No hay, sin embargo, razones bastantes para fijar la época de la refundición de E. y J. mucho más allá de la reforma de Josías.

profética de la misma época, que conviene mucho tener en cuenta, y es tanto más instructivo como documento religioso-histórico, cuanto que se refiere al mismo material de leyendas que el libro de los judaitas (J.), de que ya hemos hablado. Como éste, refiere también las leyendas de Abraham, de Isaac y de Esau y Jacob. Testifican su origen efrimita, además de los caracteres anteriormente apuntados, el lugar preeminente que tiene en él la leyenda de José y el interés que manifiesta por las *masebas* del territorio del Norte: la de Bet-el (Gén., 28, 18), la de Galaad (Gén., 31, 49 y siguientes), la de Siquem (Gén., 33, 20. Jos., 24, 26) y la que existía sobre el sepulcro de Raquel (Gén., 35, 20). En el relato del sacrificio de Isaac se ve la huella de una leyenda norte-israelita, primitivamente siquemita. Pero donde aparece más marcado este origen efrimita es en el papel que el héroe Josué representa en E. Mozo de Moisés, a quien éste confía la custodia del tabernáculo durante la marcha por el desierto (Ex., 33), a la muerte de Moisés se pone a la cabeza de Israel (Deut., 31, 23), condúcelo al territorio occidental del Jordán, le conquista y reparte, y por último hace solemne alianza en Siquem con el pueblo, por medio de la cual se obliga éste a continuar sirviendo a Jehova (Jos., 24). Aaron y Chur son también auxiliares de Moisés, pero no en igual grado que Josué, que está constantemente en el tabernáculo. Mientras Josué pelea contra Amalec, aquellos sostienen las manos de Moisés y quedan representando a éste junto al pueblo cuando sube con él al Sinaí (Ex., 24, 13 y 14) (3). Y en el asunto del becerro de oro se conduce Aaron como entremetido aprendiz en ausencia del maestro. En E. corresponde a Aaron el papel de antepasado de la familia sacerdotal de Gibeon-Pinhas, y acaso también de la de Bet-el (Josué, 24, 33). No son evidentes, sin embargo, las relaciones que pudieran existir entre él, que pertenecía a Edom, pues que está sepultado en el monte Hor, y el sacerdocio de aquellos santuarios (4).

Pero mientras se manifiesta en J. la cándida convicción de que continúan sin alteración las antiguas relaciones entre Israel y Jehova, y de que Israel sirve en todo con lealtad a su Dios, aparece muy marcada la nota pesimista en E.; lo cual se explica seguramente por los ejemplos que se tenían de la reincidencia en el culto de Baal y del desgraciado éxito de Israel en las guerras con los sirios. Este mal éxito era señal harto evidente de que Jehova podía negarse a perdonar los pecados de su pueblo, y pensar en castigarle hasta aniquilarle (Josué, 24, 14, 19 y siguientes). E. duda de que sea posible que el pueblo guarde perdurable fidelidad a Jehova, que es un dios santo y celoso y castigará sus pecados; Israel

(3) Es posible, sin embargo, que se haya introducido aquí el nombre de Josué, como el de Aaron, en muchos otros pasajes de la versión que ha llegado hasta nosotros de la leyenda del Exodo.

(4) La hipótesis de que la figura de Aaron es derivada de los sacerdotes del Arca (*hál'árón*), es poco probable, y en primer lugar por razones gramaticales. Podría alegarse a su favor que acaso la familia de Eli está relacionada con Pinhas, pues que este nombre raro aparece en ella en la persona de un hijo de Eli, y Eleazar, hijo de Aaron, no puede fácilmente separarse de Eliezer, hijo de Moisés. Pero la familia sacerdotal que cuidaba del Arca se encontraba con ésta en Judá desde la época de David, no curándose ya de dicha reliquia las tribus del Norte desde la división del reino; y mientras estuvo en Silo no vemos que se haga mención alguna del nombre de Aaron. Todo lo más que se puede conceder a las deducciones de Oort, en la «Revista (holandesa) de teología, 1884, págs. 289 y siguientes, es que Aaron fué considerado como tronco de los sacerdotes de Bet-el y que algunos individuos de esta familia obtuvieron el derecho de sacerdocio, siendo acaso expresión de ello la suposición de que Sadoc descendía de Aaron. No es posible, sin embargo, presentar una demostración más concluyente de semejantes hipótesis. Difícilmente puede admitirse que el libro de los sacerdotes traslade arbitrariamente a Aaron al monte Hor.

volverá una y otra vez a los dioses ajenos, como ya les había rendido culto en la Mesopotamia y lo practicó, al propio tiempo que el de Jehova, hasta la inmigración en el territorio occidental del Jordán, no habiendo conocido a Jehova antes de Moisés sino bajo el nombre de *El*. Y aun durante la permanencia de Moisés en el Horeb vuelve a pecar adorando al becerro de oro, siendo, en castigo de ello, conducido por el ángel de Jehova fuera del monte santo, porque Jehova no quiere ir con el pueblo de dura cerviz. Pero en vista del dolor del pueblo, le promete que en el tabernáculo de la alianza (1), que está fuera del campamento, se le aparecerá en adelante, donde quiera que se encuentre (Ex., 33, 1-11).

Es corolario de estas consideraciones el concepto de que la religión de Israel es de singular significación y absolutamente superior a las antiguas de otros pueblos. Y en esto se manifiesta con marcada evidencia el progreso de la idea religiosa. Ciertamente en J. aparece, asimismo, el culto de Jehova con carácter, aunque puramente israelita, adecuado no solo al modo de ser de Israel, sino también y ante todo como un culto análogo a los de otros pueblos; pero donde se manifiesta con mayor relieve el concepto religioso de E., más progresivo que el de J., es en el decálogo, que contiene el Ex., 20. Mientras el de J. (Ex., 34) solo se compone de prescripciones referentes al culto, aquel incluye también los preceptos morales. Ya apuntamos antes otros indicios de la posterioridad de E. El papel que E. atribuye a los ángeles — diferenciándose en esto de J., — y que nos extraña especialmente en el relato de la fundación de Bet-el, ya que no hay allí razón aparente que lo justifique, puede acaso explicarse por la influencia de conceptos asirio-babilónicos. Por otra parte, esta misma circunstancia parece demostrar que se siente más distante a Dios, y que la antigua e inmediata creencia en la intervención constante y auxiliar de Jehova en el curso de las cosas terrenales empieza a debilitarse. Consecuencia de la modificación de este concepto teológico es la supresión de las tendencias demasiado naturalistas de la leyenda. Como ejemplo significativo de esto podemos citar el que, según E., Raquel no se vuelve fecunda por efecto de las mandrágoras halladas por Rubén y cedidas por Lia a su hermana, sino porque Dios oye su plegaria (Gén., 30, 22).

El artificioso pragmatismo desde cuyos puntos de vista reforma el redactor E. la antigua tradición, se evidencia muy principalmente en los pasajes que refieren la conquista del territorio y las guerras de la época anterior a los reyes con los aborígenes de la Palestina, no sometidos por Josué. La leyenda de este último, en el punto referente a José, y relacionándose con la de Moisés (2), puede haber sido convertida, mucho antes de la época de E., en una leyenda de la conquista de toda la tierra de Canaan, como que en E. aparecen ahora enlazados en la historia de Josué algunos trozos que también presentan a éste como conquistador del territorio (3), en parte más modernos y en parte más antiguos que E., no necesitando aquellos ser relacionados con él. E. se pone, asimismo, en contradicción con la realidad de los hechos cuando supone que Israel penetró en la tierra de promisión y la conquistó como ejército organizado a las órdenes de Josué, cuando da a éste y a Eleazar el carácter de caudillos y a las asambleas del pueblo en Siquem el de organización política; cuando hace aniquilar a los amorreos y repartir parte de los territorios de las tribus en lugar sagrado, y finalmente, cuando presenta como último acto de Josué el pacto por el cual se obliga el pueblo a servir a Jehova. Es igual-

(1) Es probable que la relación que hace E., haya sufrido alguna mutilación antes de llegar hasta nosotros.

(2) Aparece ésta más marcadamente en el relato del paso del Jordán.

(3) Josué, cap. 3:5, 8.

mente una enmienda de la tradición desde el punto de vista de ideas teológicas, la suposición que se hace en los pasajes del Libro de los Jueces, que pueden demostrarse como precedentes de E., de que no son destruidos todos los primitivos habitantes, sino que algunos de estos pueblos son conservados por Jehova, para que con su culto pueda ser puesta a prueba la fidelidad de Israel a su Dios. Con efecto, Israel sucumbe ante esta tentación, recayendo en el paganismo, y en castigo Dios le entrega en manos de pueblos extraños; pero luego que se arrepiente, Jehova se apiada siempre de él, y le envía un salvador que vence a sus enemigos. El carácter de la exposición histórica hebrea, cada vez más funesto para la tradición, de presentar los hechos bajo el punto de vista de determinadas ideas teológicas, se nos manifiesta con toda claridad por primera vez en E.

Ahora bien: era mucho más excusable la confianza del hombre del pueblo de aquella época en Jehova, que se refleja también en E., que la idea dominante en los círculos oficiales de acudir al auxilio del Egipto para hacer frente al peligro, cada día más amenazador por parte de los asirios. Las complicaciones interiores (4) impedían desde luego a los reyes meroitais, dueños entonces del Egipto, reanudar con todo vigor la antigua política de este país. Sin embargo, durante los cuarenta años subsiguientes, los políticos de todos los Estados de la Palestina continúan impetrando la protección del Egipto contra la Asiria, y los profetas de Israel son los únicos que ven lo insensato y funesto de semejante procedimiento y que persisten en desaconsejarlo.

Entre estos profetas aparece ya el que con mayor energía predica contra tan desatentada política. Es el hierosolimitano Isaías, hijo de Amós (5), según toda probabilidad de familia principal, y el primero de los profetas escritores del reino de Judá. Ninguno logró el éxito que él, y por lo mismo ninguno influyó tampoco como él en la política del Estado. La predicación profética que empieza entonces a desarrollarse en el reino meridional, lleva durante más de un siglo las huellas de su espíritu. En la introducción del cap. 6 de su libro (6),

(4) Las inscripciones de los meroitais, así como las de Asurbanipal, prueban que el Egipto se dividió en gran número de pequeños principados regionales. Es la docecarquía de Herodoto.

(5) No debe confundirse este nombre (en hebreo *'ámós*) con el del profeta Amós (en hebreo *'ámós*), como lo han hecho los Padres de la Iglesia. Estos nombres no coinciden sino en su versión occidental.

(6) En ningún otro profeta como en Isaías existe tan poca concordancia entre las profecías pronunciadas por él y el libro que bajo su nombre nos ha sido transmitido. El libro de Isaías solo puede ser comparado con el de los Doce Profetas. Como éste, representa una colección de antiguos oráculos proféticos enlazados con trozos de literatura posterior derivada de las antiguas profecías; solo recibió su forma actual en la época griega, pues que contiene escritos de esta época (cap. 23-27); nos ofrece, asimismo, productos de la literatura que reproduce las ideas de los profetas sobre la postrera esperanza, literatura que constituye la transición entre la profecía y el Apocalipsis, y que no puede ser separada de la colección de los restos de la profecía y de la sistemática reforma merced a la cual se pretendió hacerlas concordar entre sí y con el desenvolvimiento histórico. Véase lo expuesto por el autor en la «Revista científica del Antiguo Testamento,» tomo I, págs. 170 y siguientes. A esta literatura, que reproduce las postreras esperanzas, pertenecen c. 11, 5 y siguientes, c. 24-27 y c. 32 y 33. El libro de Isaías se diferencia del de los Doce Profetas en que apenas contiene trozo alguno del 7.º siglo (por lo que se refiere al c. 19 véase la nota siguiente), y en cambio trae extensos y preciosos escritos, producto del movimiento espiritual originado en el cautiverio bajo la impresión de la inminente ruina del imperio universal babilónico, y relacionados con las ideas de los profetas de los siglos VIII y VII (c. 13, 1-14, 23; c. 21, 1-10; c. 34 y 35), como también y sobre todo el más interesante escrito de todos los que han llegado hasta nosotros de la época de la liberación de los judíos por Ciro: el grandioso escrito de exhortación y consuelo, c. 40-66. Háase agregado también al libro la profecía de un desconocido profeta judaíta más antiguo (?) en c. 15 y 16. Contiene, asimismo, en c. 36-39, un trozo histórico que aparece igualmente en el Libro de los Reyes, y que

Manahem, sin embargo, supo aprovechar astutamente esta circunstancia para hacerse dueño del país. Prestó pleito homenaje al asirio, y le entregó 1,000 talentos de plata, para que le ayudara á consolidarse en el reino, esto es, para que le auxiliara contra los enemigos interiores. Como tras dos revoluciones era natural que no existiese ningun tesoro real, Manahem se proporcionó esta suma imponiendo una contribucion de 50 siclos á cada uno de los hombres de guerra (1). Despues de recibido el tributo evacuó el rey asirio el territorio. Segun los datos asirios, Teglat-falasar II estuvo en la Siria en los años 739 y 738, incorporando á sus Estados una parte de este país, haciendo tributaria á la otra, y recibiendo el tributo de Manahem en el año 738. Queda, pues, así determinada la duracion del reinado de este último y demostrado, al propio tiempo, que el Libro de los Reyes yerra atribuyéndole 10 años de reinado; porque la sumision á Teglat-falasar debió de ocurrir en los primeros años del gobierno de Manahem, y en 734 ocupaba ya el trono de Israel su segundo sucesor, Facea ben Romelia. Manahem, pues, solo pudo reinar muy pocos años.

A Oseas ben Be'eri (2), el segundo de los profetas escritores, y de quien el cánon del Antiguo Testamento nos ha conservado un escrito, debemos el conocimiento bastante exacto del estado de descomposicion de todos los elementos sociales en tiempos de Zacarías y Manahem. Oseas se dió á conocer en los últimos años de Jeroboam, y profetizó durante el reinado de éste y de sus sucesores. Como Amós, predijo la caída de la casa de Jehú, equivocándose, sin embargo, en que la relacionaba con la catástrofe que esperaba del Estado israelita. Oseas es una de las figuras mas originales entre los profetas, y ha influido decisivamente en el posterior desenvolvimiento religioso, por medio de sus ideas sobre las relaciones entre Jehova é Israel y el valor del culto antiguo israelita. El último de los profetas escritores reproduce todavía conceptos de Oseas. Supera á Amós en cuanto á rechazar absolutamente el culto nacional, sobre todo la adoracion de Jehova en figura de toro, y en la idea del pecado del pueblo. Israel no está únicamente en pecado porque en él haya pecadores, sino tambien y principalmente porque en sus condiciones políticas y religiosas del momento se encuentra completamente desviado de Jehova, que le habia

puesto mas de cien años despues de los sucesos, con datos procedentes de diversas fuentes (*).

(1) Hemos de admitir, como E. Meyer, «Historia de la Antigüedad», tomo I, pág. 449, que con ese nombre se designa á los propietarios territoriales, obligados al servicio militar. Resultaria, pues, que en la época cercana de la ruina del Estado, debieron de existir en Israel 60,000 familias que poseían bienes raíces.

(2) Con su obra, redactada en estilo patético, pero admirablemente conciso, principia el libro de los doce profetas. Por desgracia, el texto no está muy bien conservado en todas sus partes; y ya por esto, ya por la indicada peculiaridad de su diction y las repentinas transiciones de ideas, tan frecuentes en él, tiene fama de difícil. Como sus predicaciones sobre el futuro difieren en puntos cardinales, á causa de su peculiar concepto del reino, del tipo de las apreciaciones sobre lo porvenir que prevalecieron con Isaías, háse procurado despues suplir por medio de interpolaciones lo que se echaba de menos. Deben, pues, tacharse 1, 7, 2, 1-3, que interrumpen la conexión y perturban la disposicion de las ideas, y en 3, 5, cuando menos, las palabras: *Y David, su rey*, como tambien los versículos 4, 15, 8, 14, que se refieren á Judá. Véase, asimismo, Wellhausen, *Prolegómena*, pág. 442, nota 1. Como es natural, se han originado contradicciones en el libro, que, conservados los pasajes señalados, solo se pueden explicar suponiendo que Oseas no ha deducido todas las consecuencias de sus ideas, ó ha cambiado de conceptos, explicacion poco satisfactoria tratándose de un profeta que en todo lo demás da muestras de inflexible consecuencia.

(*) Falta á las hipótesis anteriores sobre la palabra *Phul* la de que sea como *Faraon* nombre genérico de rey. Así Nabopolasar se descompone en Nabon *phul*-asar, Sardanápalo en Assar-addon-*phul*, etc. (N. del T.)

escogido en lo pasado y colmado de beneficios; y por esta apostasía será aniquilado si á tiempo no vuelve arrepentido á Jehova

Oseas es ciudadano del reino del Norte (7, 5) y pertenece á la clase principal del pueblo. Está perfectamente al corriente de las intrigas de los poderosos, y se muestra iniciado en los actos de los reyes, sacerdotes y funcionarios públicos, estando convencido de que el pueblo ha sido seducido por ellos. Como repetidamente insiste en el desconocimiento de Dios que domina en el pueblo (4, 1, 6), hace mencion de la escritura del Torot (8, 12) y reconviene á los sacerdotes como pecado especial el olvido del Torá de Dios, parece probable la hipótesis manifestada por B. Duhm, de que Oseas pertenecía al sacerdocio, y parece confirmar esta idea el perfecto conocimiento de la leyenda de los patriarcas de que hace gala (véase particularmente el cap. 12) (3).

Ya hemos visto que la clave para el contenido de la profecía de Amós es su propia idea de Dios; otro tanto sucede con Oseas. Como Amós (véase 3, 6), coincide con las ideas nacionales en que para él Jehova es el omnipotente, el que influye en todo acto humano y especialmente aquel á quien se ha de atribuir todo lo que pasa de la medida comun y se sale del curso normal de las cosas. Esto se evidencia desde luego en su concepto de la intervencion de Jehova en su desgraciado matrimonio (4). Para él, como para el pueblo, Jehova es ante todo el Dios de la tierra de Canaan, y Canaan la casa de Jehova. En todo lo demás sin embargo se encuentra, como Amós, en completo antagonismo con las ideas nacionales acerca de Jehova. Son, en verdad, los rasgos mas salientes de su concepto de Dios, el amor de Jehova á Israel, que se asemeja al de un esposo á su mujer, y su excelentísimo moral, que pone límites á su cólera. El Señor de la tierra se convierte para él en Jehova, el esposo y dueño de Israel, y es el amoroso padre que se encariñó con Israel en su juventud y mandó venir á su hijo del Egipto, habiendo desde entonces colmado de beneficios á Israel (11, 1 y 2); y por mas que su ardiente cariño, atento al bien de su pueblo, es desdenosamente rechazado, siempre vuelve á acercarse anheloso al pueblo, y hasta cuando le castiga, solo tiene por objeto su felicidad (2, 11; 11, 9).

La imagen de la relacion de Jehova para con Israel equiparada al matrimonio del hombre y la fraseología simbólica

(3) Dhum: «La Teología de los Profetas», Bona, 1875, pág. 130.

(4) Porque Oseas, escribiendo despues de haber vuelto á admitir á su infiel esposa y de haber adquirido la convicción arriba expresada, fija el principio de las relaciones de Dios con él en el origen de su casamiento. Al permitir Dios este matrimonio le dijo: *Vé, toma una mujer fornicaria, é hijos de fornicaciones: porque la tierra se dará á fornicar apartándose de Jehova* (1 y 2). Por no haber comprendido esta conexión, se ha supuesto que Oseas recibió orden de Dios para casarse con una prostituta, ó por mejor decir con dos, pues violentando las reglas gramaticales se ha interpretado como un nuevo matrimonio la readmision de la esposa infiel (3, 1). Con este motivo se han suscitado absurdas controversias sobre si Dios pudo haber dado semejante orden á Oseas, ó si éste interpretó como voz divina la interna que le aconsejaba el casamiento. Hacíase esto sin parar mientes en la idea que Oseas tenia de Dios, acabando muchas veces por convenir en que todo ello debía ser interpretado alegóricamente. Contradice semejante interpretacion moralizadora, en primer lugar, la circunstancia de que Gomer, nombre de la mujer del profeta, no puede ser interpretado alegóricamente, y en segundo, que es simplemente increíble que el profeta refiriera una historia de adulterio inventada por él, atrayendo sobre sí la burla y el sarcasmo. Véase lo que sobre este punto observa Ewald, «Los Profetas», tomo I, nota en la pág. 183: «Es mas razonable admitir que lo que un profeta de su índole y de su época refiere es histórico en cuanto puede serlo y tiene pretension de serlo, pues Oseas se habria puesto en ridículo, si su vida doméstica fuera precisamente lo contrario de todo lo que refiere en su libro como triste experiencia propia, en la que segun él ha debido intervenir la voluntad divina.»

que de aquí proviene, se presentan, pues, por primera vez en Oseas, siendo interesante observar cómo esta nueva opinion le es sugerida por la fatal experiencia propia, á que ya hemos hecho alusion, y en la cual él cree ver la mano de Dios.

Su mujer le es infiel y le abandona. Hondamente contristado por este suceso, discurre cómo puede ser que Dios haya permitido que contrajera tal matrimonio, y halla la solucion en la idea de que Dios lo ha consentido para que en su situacion respecto de su mujer vea reproducida la de Jehova respecto de Israel, su pueblo infiel. Y así como el profeta, con amorosa abnegacion y esperanza de la enmienda, sabe vencerse y vuelve á recibir á su infiel esposa, á pesar de haberle ésta causado tan honda pena, del mismo modo Jehova se apiadará tambien de su pueblo.

Este es un gran progreso de la idea religiosa. La relacion puramente material que existia entre Jehova, el dios del territorio, y los israelitas, usufructuarios ó hijos de éste, es sustituida por otra relacion espiritual, que tiene por base conceptos morales. No es menos importante ver cómo Oseas se va desprendiendo gradualmente de las antiguas creencias nacionales. Segun 1, 2, no es el pueblo, sino la tierra la que se ha apartado de Jehova. En 2, 4-14 tambien, la tierra, madre del pueblo, es devastada y hecha inhabitable, en castigo de su desercion. Mas desde 2, 15 en adelante, el concepto de *pueblo* se sobrepone poco á poco al de *tierra*; y luego en el cap. 3 y siguientes ya no habla el profeta sino de los hijos de Israel, sin hacer mas mencion de la tierra.

Esta idea de Dios, amante esposo de Israel, debía naturalmente influir en manera decisiva en los juicios de Oseas sobre el culto divino. La relacion de Israel para con el donador generoso de su tierra tenia su expresion natural en las regocijadas ofrendas de los bienes de la misma tierra en el altar de Dios, para que éste gozara del producto de su propiedad. El Dios que con toda la energía de su cariñosa pasion abraza á Israel, solo puede ser venerado con fiel solicitud y voluntaria obediencia á sus mandamientos. Y es, por lo mismo, otro gran progreso de la idea religiosa que Oseas, superando en esto á Amós, condene por igual, como prácticas paganas, el alegre y ruidoso culto de sacrificios de Israel y la adoracion de Jehova en imagen. Eso no es culto de Jehova, sino de Baal; es el abandono por Israel de su dios, la ingratitud con su bienhechor, el pecado principal de Israel, por el cual Jehova le castigará, si no se enmienda; es adulterio y fornicacion: *Disputad con vuestra madre, disputad; que ella no es mi mujer, ni yo soy su marido; quite, pues, sus fornicaciones de su rostro, y sus adulterios de entre sus pechos. No sea que yo la ponga desnuda, y la haga tornar como el día en que nació, y la ponga como un desierto, y la deje como tierra seca, y la mate de sed; ni tendré misericordia de sus hijos, porque son hijos de fornicaciones* (2, 4-6). La tierra ha ido tras sus amantes, tomando como procedencia de ellos los dones de Jehova, el pan y el agua, la lana y el lino, el aceite y el mosto, sin reconocer que era Jehova quien se los proporcionaba, y multiplicaba la plata y el oro con que ellos hicieran Baales. Las imágenes de dioses á que se acerca el pueblo con veneracion, nada tienen que ver con Jehova. Oseas las llama por eso Baales (2, 15, 19, 11, 2). Es locura adorar á los becerros; es una obra de artifices, á la que se da el nombre de dios. *Los que sacrifican, besan becerros* (13, 2). Los altos son el pecado principal de la tierra (10, 8). *Mi pueblo á su madero pregunta, y su palo le responde; porque espíritu de fornicaciones le engañó, y fornicaron debajo de su dios. Sobre las cumbres de los montes sacrificaron, é incensaron sobre los collados, debajo de encinas, y álamos, y olmos de buena sombra; por tanto vuestras hijas fornicarán, y adulterarán vuestras nuervas* (4, 11 y siguientes). En vano practicarán semejante cul-

to, solo les acarreará la ruina: *Con sus ovejas y con sus vacas andarán buscando á Jehova, y no le hallarán; apartóse de ellos* (5, 6). Estas imágenes, que fué Oseas el primero en emplear en sus predicaciones, nos explican por qué posteriormente la frase *fornicar tras dioses ajenos* (1) equivalia á apostatar de Jehova.

Hay un punto, sin embargo, en que Oseas está todavía aferrado á las antiguas ideas de la religion nacional. No comprende que pueda haber relacion con Jehova sin prácticas exteriores del culto, sin sacerdotes, ni sacrificios (3, 4). Por eso no rechaza en manera alguna los sacrificios por lo que son en sí, y solo pretende que no tienen valor alguno cuando falta el reconocimiento de Dios, el amor y la fidelidad, y prevalecen el perjurio, la falsedad, el asesinato, el robo, el adulterio y toda suerte de violencias. Porque Dios quiere amor y no sacrificio, y conocimiento de Dios mas que holocaustos (6, 6).

En esto coincide Oseas con los conceptos de Dios manifestados por Amós. Contradice por completo las ideas nacionales sobre la santidad de Jehova cuando, prometiendo al pueblo perdón en nombre de Jehova, en caso de su conversion, exclama: *No ejecutaré el furor de mi ira; no volveré á destruir á Efraim; porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti; y no me presentaré á vosotros con furor* (11, 9).

Mas, segun el profeta, la relacion de mutuo cariño entre Jehova é Israel habia sido perturbada tambien groseramente en lo pasado con la institucion de la monarquía. *Ellos se pusieron reyes, mas no por mí; y funcionarios, mas yo no lo supe* (8, 4). La eleccion de rey, llamada por Oseas *los días de Gibeá*, fué la segunda desercion de Jehova, el segundo pecado mayor de Israel. Desde entonces está Israel envuelto en pecados.

Como consecuencia de estos dos pecados se explica Oseas el estado de su pueblo, la degeneracion de sus costumbres, á la cual no pueden poner coto ni el culto divino extraviado, ni los sacerdotes, envueltos ellos mismos en los pecados y olvidados de su verdadera mision. Así anuncia el desquiciamiento de todas las condiciones sociales, y la impotencia hácia el exterior, de la cual tiene vivísima convicción: *Efraim desfallece entre los pueblos; es como torta no vuelta. Comieron extraños su sustancia, mas él no lo conoció; tambien la vejez se ha apoderado de él, y él no lo conoce* (7, 8 y 9). El trastorno de sus relaciones con Jehova le prepara la ruina: *Yo seré como poquilla para Efraim, y como carcoma para la casa de Judá* (5, 12) (2). No le queda al pueblo mas medio de salvacion que tornar á Jehova y buscarle (7, 10); sembrar y segar en justicia; en medida de la misericordia arar en barbecho, y buscar á Jehova, hasta que venga y enseñe justicia. Nos parecerá excusable que los gobernantes no entendieran este medio de hallar la salvacion de las dificultades interiores y exteriores, y buscaran auxilio allí donde, segun el profeta, era locura y una nueva ofensa á Jehova el buscarlo, es decir, en pueblos extraños. *Y vió Efraim su enfermedad, y Judá su llaga; y Efraim fué á Assur, y acudió al rey guerrero; mas él no os podrá sanar, ni os curará la llaga. Porque yo seré como leon para Efraim, y como cachorro de leon para la casa de Judá; yo arrebataré, y andaré; arrastraré, y no habrá quien se liberte* (5, 13 y 14). *Efraim fué como paloma incauta y torpe: llamarán á Egipto, acudirán al asirio* (7, 11). *Efraim se apacienta del viento, y sigue al solano; mentira y destruccion aumenta continuamente; y se hace alianza con los asirios, y se lleva aceite á Egipto* (12, 2).

(1) Es la frase trópica que sustituye á la antigua: *ir tras un dios*.

(2) Acaso en este pasaje se decia antes «Jacob» ó «José», en vez de «Judá.»